

Wilfrido H. Corral: *Discípulos y maestros 2.0. Novela hispanoamericana hoy*. Madrid / Frankfurt/M.: Iberoamericana / Vervuert (Ediciones de Iberoamericana, 102) 2019. 610 páginas.

Las propuestas de Corral en su libro más reciente no procuran, como afirma él mismo, convertirse en una reacción calculadamente académica frente a los autores, novelas y textos críticos que estudia, sino más bien ser una suerte de relato personal. Esto es: evitar por todos los medios las hipótesis generales que guían la lectura o las fatuas aspiraciones de señalar los caminos por donde transcurrirá la novela hispanoamericana.

El objetivo, modesto si se quiere, de *Discípulos y maestros 2.0* será expandir los términos del debate literario de la región sin mayores pretensiones por formular ninguna “teoría”. Un objetivo que tratará de cumplirse, además, desde una exhaustividad poco común en la crítica literaria actual. Dentro de los múltiples aportes de este análisis estará justamente el de aproximarse a un extenso y variopinto grupo de autores y tendencias que han marcado las letras latinoamericanas de las últimas décadas globalizadas. Las diferentes búsquedas de Corral apuntarán a analizar no solo lo que es circunstancial a la novela hispanoamericana de hoy, sino “qué es central y provee plenitud, y para quién, concentrándose en escritores representativos”. En ese sentido, una lectura íntegra y justa de su estudio debe surgir de contextualizarlo con los parámetros que puntualiza en libros anteriores, desde los dos tomos que compiló con Norma Klahn, *Los novelistas como críticos* (1991), hasta *Cartografía occidental de la novela hispa-*

noamericana (2010) y otra compilación de la cual es el editor responsable, *The Contemporary Spanish-American Novel: Bolaño and After* (2013).

El primer capítulo de Corral arranca con una revisión, como no podía ser de otra manera, de la noción de “clásico”. Más que cuestionar autores y obras de la tradición europea o de las Américas, se concentrará en textos recientes o relativamente recientes de la práctica contemporánea a los que se ha atribuido ese calificativo sin otras consideraciones que las del éxito académico, comercial o “virtual”. Corral cuestiona la celeridad con que se han canonizado ciertas novelas sin dejar que el tiempo (y otros lectores) renueven o pongan en perspectiva su valor. La muestra cuestiona a varios “clásicos instantáneos” que han proliferado en las últimas generaciones: de Jorge Volpi a Alberto Fuguet, desde McOndo y el “crack” hasta ciertas tendencias de hoy que califica y examina en el quinto capítulo como narrativa “Me gusta” y del “Selfie”, problematizando el papel de antecesores inmediatos como Ricardo Piglia. Es así como resemantiza las nociones contemporáneas de lo que se considera “clásicos” y profundiza en el rol de la ética autoral que será un hilo del resto del libro.

Con base en los “prescriptores”, definición de William Marling que actualiza para el siglo XXI, los dardos de Corral apuntan no solamente a las políticas de promoción de las editoriales españolas, dispuestas a todo por encumbrar novelas de discutible calidad, sino también a los crecientes mecanismos de autopromoción de varios autores latinoamericanos a través de los medios, las redes sociales y la confección de antologías donde

ellos se seleccionan a sí mismos (Corral señala concretamente el caso de Fuguet y Edmundo Paz Soldán). Asimismo, el crítico ecuatoriano arremeterá contra las prácticas de ciertos “maestros” que nombran a sus sucesores/discípulos por amiguismo o en pago por reseñas y favores recibidos. Un caso representativo entre ellos sería, para Corral, el del mexicano Carlos Fuentes y su afán de hacer circular la obra de escritores como Volpi, Ignacio Padilla, Pedro Ángel Palou o Eloy Urroz. Una práctica parecida le critica a Piglia: una voluntad por hacer más “política intelectual” que ensayo, más didactismo que literatura. En este sentido, *Discípulos y maestros 2.0* buscará desenmascarar al falso maestro que ensalza al discípulo zalamero y relega a un segundo plano lo que no encaja o no le interesa. A partir de allí, el crítico ecuatoriano se encargará de abordar la obra de varios olvidados, subestimados, postergados o ignorados por los grandes mercados académicos o editoriales (en ese grupo incluye a Eduardo Lalo, Eduardo Berti, Rita Indiana, el Mario Levrero redescubierto en España, o escritores de tradiciones literarias menos visibles como Valencia o Javier Vásconez).

Dentro de las nuevas generaciones y sus modelos, Corral identifica en el segundo capítulo a dos grupos de curiosos perfiles: los globafóbicos y los nómadas. Con “globafóbicos” Corral se refiere menos a autores comprometidos con su lugar de origen o críticos del proceso globalizador que a escritores que mantienen una relación problemática con el mundo editorial y sus mecanismos de funcionamiento. Asimismo, los “nómadas” a los que se aproxima este libro tendrán –yendo más allá del Roberto Bolaño a quien

había dedicado un libro en el contexto de la nueva literatura mundial– que ver menos con el cosmopolitismo temático (cuyos resultados son casi siempre desastrosos) que con una aventura intelectual en que los avatares del desplazamiento cobran una importancia central. Ese es el tipo de matiz que aplica a la sociopolítica generacional, como demuestra con los cubanos Leonardo Padura, Pedro Juan Gutiérrez y Wendy Guerra, Zoé Valdés o Ena Lucía Portela.

A pesar de que lo parece a simple vista, los globafóbicos y los nómadas no están necesariamente enfrentados: pueden incluso llegar a ser muy afines. La división entre unos y otros a veces podría resultar difícil de establecer, pero es justamente aquella zona gris la que sirve a Corral para historiar, identificar y rescatar a otro sinnúmero de autores y obras que se resisten a ser embutidos en las maniqueas categorías que maneja la crítica actual, especialmente la española, tema del desafiante tercer capítulo. Respecto a los críticos (sus modelos suelen ser Christopher Domínguez Michael e Ignacio Echevarría), puede incomodar su franqueza, pero en última instancia hay grandes puntos de interés en sus estimaciones, porque para él es constructivo y positivo criticar atavismos y clichés críticos oportunistas.

Los procedimientos generales que emplea *Discípulos y maestros 2.0* parten de una extensa documentación que no solo se basa en los textos literarios y la crítica erudita, sino también en notas periodísticas y suplementos culturales de varios países. Difícilmente se encontrará una obra más informada sobre las últimas décadas de la literatura latinoamericana. Corral recorre un impresionante itinerario de

nuevas voces críticas (entre ellas las de novelistas como Juan Gabriel Vásquez y el mencionado Lalo), distanciadas del canon interpretativo. Si bien esta información puede resultar excesiva y agobiar a algunos lectores, también les servirá para tener un panorama bastante completo de lo que está ocurriendo en la narrativa de la región, y para poner en perspectiva gran parte de los debates literarios que allí ocurren.

En el quinto capítulo, el más importante del libro, Corral se aproxima a ciertos formatos que han empezado a circular en la literatura hispanoamericana actual. Concretamente, aquello que la crítica ha llamado “autoficción” o “metaficción”. El crítico ecuatoriano se concentrará en las diferentes maneras en que este tipo de prácticas reciclan viejos formatos de la novela occidental que ahora quieren presentarse como novedosos. Corral llama “Selfie” al ombliguismo actual que tematiza el impacto de la tecnología digital en sus ficciones y en sus propias vidas. Esto le permite discutir la creación de *blogs*, la participación inagotable en medios sociales, la dependencia en páginas dedicadas a diferentes formas de autopromoción, todo coadyuvado por esfuerzos editoriales, concursos y premios. Para Corral, el giro hacia la autoficción y sus derivados es más un calco de tendencias mileneales que un intento por releer la tradición narrativa latinoamericana. En contraparte a esta tendencia, *Discípulos y maestros 2.0* traza una genealogía de valiosas prácticas metaficticias en autores clásicos que van de Cervantes a Unamuno y termina en escritores contemporáneos como Javier Cercas y Enrique Vila-Matas; y en plano hispanoamericano, los ecuatorianos

Diego Cornejo Menacho y Carlos Arcos Cabrera, el argentino Berti o el chileno Sergio Gómez.

Es difícil pormenorizar en una reseña la complejidad y el enorme abanico de temas y personajes que aborda un libro como este, que, vale enfatizar nuevamente, nunca trata de ser una historia o teoría de la novela hispanoamericana, o apostar por la ilusa Gran Novela Latinoamericana. No por corrección política o políticas de identidad, sino por justicia estética y ética Corral dedica mucha atención a las novelas de varias autoras recientes. Para él estas son buena parte del futuro de la novelística del continente. Justo antes de sus conclusiones, en el sexto y último capítulo dedicado a las demasiado aceleradas y erróneas traducciones *al español* de autores y autoras “latinounidenses” (radicados en Estados Unidos pero que no quieren o pueden escribir en español), otra vez sin vaticinar, advierte que los modelos: “deben ser el chileno, Aira, Zambra, Vásquez, Indiana (que escribe la novela del futuro según Chirinos), y quizá Harwicz y Ojeda con futuras novelas de más cuerpo. Estos autores afectan imperfectamente el sentido de vocación de los que vendrán, sus dudas, motivos, pensamientos y sueños, algo cuya suma, como con otros grandes artistas, no se puede calcular porque son lectores anárquicos de la ambigüedad artística, secantes y vampiros de maestros extranjeros. Mientras tanto, los latinounidenses de menor mérito o reconocimiento preguntan si existe una nueva narrativa hispanoamericana traducida sin ellos, en congresos en inglés” (p. 546).

Corral deja en evidencia la vitalidad de la novela y el sinsentido de los certificados reciclados que aseguran su defunción,

otro hilo de su libro. *Discípulos y maestros 2.0* se sumerge por ende en una vorágine de textos y autores no siempre fáciles, procurando todo el tiempo separar la paja del heno, confirmando o revelando contextos. Así, en el cuarto capítulo logra establecer filiaciones precisas e iluminadoras sobre los rastros de los maestros que los discípulos quieren borrar o continuar trabajando y, ante todo, confirma, no sin ironías, que en los discípulos más aventajados la lección del maestro, como diría Rancière, no es el conocimiento sino una invitación a actualizarse, a tener diálogos productivos, por más que alteren ideas recibidas.

CARLOS BURGOS
(UNIVERSITY OF SAN DIEGO)